

ERNESTO CORTÉS AHUMADA.



A propósito de
Víctor Hugo:

¿PUEDEN SER
ROMANTICOS LA
SOCIEDAD
Y EL HOMBRE
CONTEMPORANEOS?

"Ayudadme a ser hombre: no me dejéis ser
fiera hambrienta, encarnizada, sitiada
eternamente".

Miguel Hernández.

101



El hombre no sólo suele sentir nostalgia del rebaño, sino que igualmente añora el pasado. Así, la actual socialización de la persona, que en muchos casos y naciones llega a límites pavorosos, le hace desear ese "demonio" particular, privado por el cual le hicieron tomar la cicuta a Sócrates, y cuyo nombre no es otro que el de la vida individual. Por eso ahora algunas gentes sienten el afán de ser únicos, intransferibles, inajetables; es decir, que anhelan una libertad para vivir por sí y para sí; llevándoles incluso, a confundir ciertas manifestaciones de nuestro tiempo con otras de épocas pasadas y a afirmar, por ejemplo, que la vida contemporánea es romántica. O que, al menos, de unos años a esta parte comienza a serlo. O al menos que debía serlo. ¿Por qué?, cabe preguntar y la respuesta viene de esos mismos labios: porque actualmente predominan los nacionalismos, la moda unisexo, las subculturas como la hippy y, en fin, el propósito generoso de "erradicar" la miseria. Para no andarme por las nubes, a dos o tres grandes personajes - Belisario Betancour uno de ellos - nacionales se les podría atribuir este aserto: el romanticismo presente es el romanticismo de lo social, de lo colectivo. Unas divinidades tan abstractas -digo yo- como la inspiración melancólica y vaga de nuestro Julio Flórez.

Estas vaguedades y abstracciones no dan derecho, sin embargo, a tal identificación. Todo lo contrario. Pues no es nada fantástico que la estructura real de nuestra sociedad, occidental, japonesa o colombiana, sea por el contrario, tercamente antiromántica. Si bien este "anti" equivale a definir el cuerpo por su sombra. Hay, sin duda, almas extraordinariamente románticas, como fue la de Eduardo Carranza, quien vivió hilando la rueca sagrada de sus emotivas querencias; almas en perpetua batalla emotiva y no dialéctica contra cuanto conforma al hombre moderno; o sea cuanto lo atomiza y, sobre todo, le degrada. Pero, ¿Cuál sería la anatomía espiritual de estos románticos de la década de los 80? La misma del siglo pasado. Alguien podría argüir, en consecuencia, y siguiendo a Schiller, que se trata de seres que viven obsesionados por la idea de la *schöne seele*. Por la belleza formal del alma. Ellos, ante todo, obedecerían a un mandato de intimidad; y en eso no existe la menor contradicción. Como que para alcanzar una perfecta intimidad, lo cual equivale tanto a ser "por sí mismo", se debe tener un alma bella. O si se quiere total, plena y grande. Y, ciertamente, también al revés. Ambivalencia que, por lo pronto, explica la deformación





Una de las formas con que se ha simbolizado el Romanticismo en Colombia ha sido a través de la literatura, con la máxima obra de esta escuela sentimental: *María* (1867) de Jorge Isaacs.





con que se enfrenta al mundo. De ahí que todo romántico no haga sino esfumar a la naturaleza, diluyéndola en su alma, antes que insertar un traslúcido temblor -como fue el caso de Baudelaire- entre los objetos y él. Por eso la naturaleza no está en él directamente y como objeto. El halla primero y busca después. Y lo que busca consiste en ver los remolinos que en su alma forma la naturaleza. "Gemidos del viento, que fingía una voz querida que nos llama entre las sombras", exclamaba un romántico hasta los tuétanos, como era Becquer.

*Los suspiros son aire, y van al aire.
Las lágrimas son agua, y van al mar.
Dime, mujer: cuando el amor se olvida,
¿sabes tú a dónde va?*

Si queremos, entonces, saber si la sociedad contemporánea es o puede ser romántica no nos queda otro camino que analizar el sujeto romántico. Digo, pues, que la textura anímica del romántico consiste en favorecer absolutamente la intimidad; o mejor aún: es intimidad pura. En su alma puede faltar todo, menos la ausencia de vida privada, de recogimiento en sí y de grandes dosis de soledad. Hasta tal punto, que se puede establecer, como aquellas cajas chinas que se sacan unas de otras, una sucesión rigurosa de intimidades, haciéndola comenzar en el yo, la más secreta, pasándola por la paternidad y el hogar y terminándola en la familia y la patria. En efecto: hasta la patria para el romántico está vuelta hacia adentro; es, en realidad, una sensación intracorporal, parafraseando un poco a mi autor favorito, la intimidad, goteando ente las cuatro paredes del Yo, y resumándose hacia la paternidad, el hogar y la patria, es decir, sobre el alma toda del romántico, los repuja, los compacta, los calafatea. O en otras palabras: le coloca eternamente sobre la tierra sin que lo mostrenco y social puedan aventarlo cual hojas secas. Por este motivo sus afanes, sus ideas -idein, "ver"- y sus fervores viven en perpetua ebullición en su alma, y merced a sus estallidos volcánicos, tan necesarios en él, caen sobre los seres y las cosas con la violencia de un huracán, como una lava. El, el romántico, golpea denodadamente con su deber, su goce, su dolor;



con su verdad, su soledad, su sentimiento. Mas, ay, estos golpes son como los de Don Quijote: al vacío o a unos míseros cueros de vino. Evidentemente, este ser no es nada objetivo; y es, como una insólita caravana, donde todos los camellos de su intimidad tienen que partir hacia sus abismos interiores.

Al fin y al cabo se siente infinito, esto es, un poco Dios. Como que El, el supremo ser, significa lo ilimitado e infinito en extensión y calidad. Esto explica por qué en todo gran romántico hay como un deus oculto, una como divina energía que llega a dramatizar al extremo su corazón en su leopardina "exploración de propio pecho". Por lo menos a este empuje casi divino se debe el equilibrio fugaz ente la emoción, la melancolía, la sensibilidad y el sentimiento, toda vez que, de otra parte, aflora en su contra el peso de una sustancia trágica desde el lecho abisal de una antigua, invisible y radical destrucción. Y todo para comenzar de nuevo, si es que se puede llamar tal el perpetuo caminar en la noria de la existencia romántica ! No es extraño que los griegos, que apenas concebían la existencia del hombre no socializado, considerase antihelénica esa idea de un ser supremo que rebosaba su poder de medir y prever. No se diga que esta diferencia no tiene importancia. Semejante poder tan tremebundo que cae sobre el alma del romántico, hubiera podido convertirse, al establecer con su Yo una dualidad, en su propio verdugo. Más no ocurre así. Su dualidad no corresponde al aborto de la conciencia reflexiva; no corresponde a una lucidez terca y desolada. Corresponde, en verdad, a una toma del Yo por el Yo. Su drama, parecido pero distinto al de Meister consiste en que sale en busca de su destino íntimo y al andar perdido por el universo, esta se lo devuelve en la forma de espejo.

Pero sigamos de tejas para abajo con el análisis de este ejemplar excepcional. Todo romántico recaliente hasta el rojo vivo su existencia privada y su intimidad; en una palabra, se ensimisma hasta bordear las fronteras de la neurosis y aún más allá, dejándose arrastrar totalmente de sus voces interiores. De ahí que en todo auténtico romántico la imaginación y la fantasía permanezcan en estado de máxima tensión y, por lo mismo, permanentemente cercadas por la imperfección y la confusión. Es, en verdad, una pura herida, y como decía Hobbel, "cuando alguien es una pura herida, curarlo es matarlo". En su alma no hay contradicciones, pues esta herida





de que hablo es puntiforme, hecha de momentos continuos. Y como resultado donde quiera su sensibilidad desbordante cabalga sobre sus fantasías. De suerte que, aún siendo uno de los estados más profundos y personales que hay en él, su inspiración, en rigor, revolotea como una mariposa por todas las flores y mundos. Por los recuerdos de ultratumba, las tradiciones del pueblo y las ruinas de las viejas ciudades; por la espontaneidad, el sentimiento y la melancolía; por los efectos patéticos, la fantasía alocada -la loca de la casa, la llamó alguien- y la sensibilidad desolada; por el misterio, el desgarramiento espiritual y la emoción; y, para no alargarme, por las visiones fantásticas de lejanías. En realidad como el niño y el animal, su centro es el mismo del cosmos, y su corazón coincide maravillosamente con él. Es más: ese cosmos de fuera no puede estar sino embebido de su alma. O al revés. Monoteísmo y dualidad conmovedoras. Pues el *guid humani* y el mundo se reducen, en este corazón metarracional, a ser la "historia de un alma". O como tan bellamente se dice en el Cancionero de Sablonara:

"Ay queridas soledades,
con bien vengades a mi alma
que bien seréis escogidas
pues habéis sido llamadas".

Así, la *res gesta*, o sea el motor del romanticismo es la intimidad. Pero esto es lo que hace ahora precisamente del romántico, cuando quiere ser vigencia social, un anticuado. Porque consiste en una forma de vida humana que, además de pertenecer a un período histórico hoy cancelado, ignora y desprecia lo social. Aquí está -y analizando ya el verdadero espécimen humano de hoy- la mejor prueba de que nuestra época no es romántica. Es innegable: nuestro tiempo ha hecho un dogma del derecho del público, del gentío. La calle todo lo penetra, con sus estruendos y ruidos colectivos. Hay que estar a todo trance con los demás, pues de lo contrario sobreviene la tacha de reaccionario y de traidor. Oligarca o humilde, vivir para el hombre actual equivale a estar en compañía, sumido en la multitud. No en la Junta Directiva, el sindicato o el establecimiento de caridad. En todas partes, desde el Estado hasta la prensa, la sociedad se confabula contra la vida privada no del romántico, sino la del simple hombre de carne y hueso. Basta citar los siguientes hechos, por cierto antirománticos: la prematura



madurez de los niños, y su consiguiente alejamiento del hogar, el crecimiento de la población urbana del mundo, la difusión de la computadora, la explosión gráfica, el veloz ritmo de la vida, el concepto de que todo es transitorio, el aumento de viviendas para ser alquiladas, la movilidad de las naciones, la "familia modular", la falta de diálogo, las relaciones humanas de corta duración, el profesionalismo en serie, el restaurante instantáneo, el máximo de imágenes en un mínimo de tiempo, la velocidad de los sucesos, el predominio de la novedad, el hogar "nuclear", padres e hijos únicamente, la familia comunitaria la importancia del hombre como criatura -consumidora, el supermercado, la medicina anónima, la automatización, la fragmentación y la diversidad de todas las producciones y el descalabro de la "ecología humana". ¿Algo más? Definitivamente sí.



Todo ello, sin duda, pulveriza a la vida privada, y como el espíritu y el Yo están sumergidos en el alma, con la cual palpamos nuestros propios límites, no es extraño que la enfermedad más notoria de la segunda mitad del siglo XX sea la "crisis de identidad": he aquí otra prueba del anti romanticismo contemporáneo. Prosigamos con todo. Tal enfermedad nada tiene que ver con una entidad hipotética. En efecto, la Medicina actual ha descubierto que el verdadero enfermo es el "hombre-conciencia" y no el "hombre-objeto". En un análisis de 1.400 fichas de pura consulta -escribe el Dr. Pierre Solié- encontramos 1.250 enfermos que no dependen de ningún diagnóstico clásico, o sea alrededor del 90%. Sin tener ninguna alienación mental estos enfermos de Solié denuncian que su padecer no proviene del Yo; en realidad son





enfermos del Colectivo, si se me permite utilizar el término de Jung. Mas aún: existen índices bioquímicos que miden la crisis del enfermo social. Cuando vibra el sistema nervioso la adrenalina y la nor-adrenalina provocan una descarga de energía nerviosa de una parte; y de otra, cuando existe un gran conflicto o una grave incertidumbre las glándulas endocrinas secretan ciertas sustancias químicas, las corticosteroides, que aceleran el metabolismo del cuerpo, el cual ocasiona una gran tensión. Pero aquí viene lo importante: ese vibrar y ese conflicto, que hace elevar los respectivos índices o fuerzas de las defensas nerviosas y hormonal, no lo dispara el Yo. Quien aprieta el gatillo es el "tejido" de la sociedad. Los trabajos del Dr. Lennart Levi lo demuestran, así como los de los doctores Selye y Sokolov. Puesto que aquel 90% de enfermos no lograron elevar los otros índices bioquímicos de las perturbaciones estrictamente personales, pues en la tierra de nadie de su propia alma no se producían, en verdad, angustias.

Debía advertirse, y de hecho hay que advertirlo, que esta enfermedad del hombre "eléctrico" o "electrizado" nada tiene que ver con el tedio, una de las consecuencias de la enfermedad que aqueja, por otra parte, al romántico. El tedio, como el orgullo y como la lucidez de éste, todas tocando el límite de la morbosidad, son, se podría decir, sentimientos metafísicos. El tedio de la vida se debe entonces a que el romántico determina el presente no sólo por el pasado sino también por el futuro: es lo que los filósofos hoy llaman trascendencia, y los hombres del siglo XIX, "insatisfacción". Nótese, pues, la diferencia de la "crisis de identidad" y su precipitado vital, el embotamiento, con el tedio de la vida. A fuerza de ser un susceptibleísimo "ser de lejanías", que define la vida por su fin, el romántico se engolfa primero en ciertas sensaciones deliciosas y vagas, o dolorosas desde luego, para, paradójicamente y debido a la insatisfacción" que ellas generan, precipitarse en el aburrimiento. Se podría decir que el romántico padece una crisis de conciencia, mientras que el hombre de hoy padece una de inexistencia; y esto resulta dantesco, terrible. Porque la conciencia se aprehende

La crisis de Identidad ...



primero en su entera gratuidad. Es que el si le interrogamos acerca de su vida nos responderá que se considera a sí mismo, alma y cuerpo, como el desierto inepto de lo colectivo. Mi vida -dirá- consiste en un puñado de arena aventado bajo un cielo gris y triste. Allí no hay señales, límites o mojones, como en la vida privada -el romántico, no obstante su ansia de infinitud tiene límites como vamos a verlo-, que la hagan tropezar y rebotar sobre su propia intimidad. En una palabra: "soy - continuará contándonos- un ser flotante". ¿Lo veis? El hombre que no se siente abismo.

Acabo de sugerir que el romántico también tiene su enfermedad, y esta es la que llamo el síndrome de súper-identidad. Esta nos proporcionará una respuesta anticipada, junto con otras que ya he dado, al interrogante medular que plantearé adelante. Pues bien; Becquer, tan extraordinariamente romántico, confesó que su alma estaba "ávida de inmensidad". En dos sentidos, desde luego: hacia el mundo y hacia adentro, o sea hacia el propio Yo. Mas recuérdese: sin salir de su alma, el romántico mete a presión en ella nada menos que el Universo. "Luz derramada sobre las cosas", sería su definición metafórica. Vano será buscarle un auténtico exterior. El es el romántico ut sic, o por excelencia, y, en consecuencia, busca toda costa aquella "inmensidad", la cual se puede denominar igualmente el "infinito". Este no es, en el romántico, una inmensidad dada y sin límites. La verdad es lo contrario: no se trata de lo que nunca termina, de lo que puede terminar. Ese más allá de lo sin límite no existe: el romántico construye su infinito sumándole unidades. Y por eso asumen carácter de síndrome. Pues él mismo se coloca sobre toda medida. Así, la tristeza, la esperanza, la alegría, la melancolía, la vergüenza, la compasión, el rencor, la ambición, el odio, la antipatía, el amor fluyen y refluyen en su alma.

Comparemos tal infinitud con la actitud del hombre contemporáneo, en una tentativa más de acercarnos a la cuestión definitiva. A la luz cruda de las actuales urgencias sociales, él -en cambio- castra la singularidad, y por consiguiente, los anhelos de inmensidad e infinitud. Se instala en la gran plaza pública de la sociedad y hace de su alma un dato estadístico. Imperativamente kantiano, declara que sólo se puede querer lo que todos pueden querer. De ahí que no se aclara nada a favor de un posible romanticismo contemporáneo afirmando, como lo hizo un político colombiano, y pensando





seguramente en la "patria" de los románticos, que los nacionalismos son el mejor testigo de su existencia. Para el romántico, la "patria" no significaba -lo repito en distintas palabras- salir fuera de sí, sino un estar en otra forma dentro del recinto privado. En realidad, el nacionalismo contemporáneo -co-nacionalismo le llamó- se funda en meras competencias económicas. Hay que reparar en este concepto de Jules Henry elevado a canon por la sicología pecuniaria: "el hombre es un depósito de mensajes publicitarios que entran en él en virtud de su poder penetrante". Ciertamente, un ex-céntrico.

Yo no plantearía lo que viene a ser el gran interrogante de mi meditación, si no viera que se proclama una vuelta a los gestos románticos como solución de los problemas de la sociedad contemporánea. ¿Es, en efecto, el romanticismo una auténtica solución para nuestro tiempo? Por doloroso que sea decirlo, se debe recordar, además de todo cuanto va escrito, que el hombre romántico, como el santo, el héroe y el genio schelerianos, serían hoy una exacerbación anormal. Es decir, un ser que se definiría por la excepción y falta de comunidad. Viviría, lo mismo que los hippys, de una hipocresía fundamental: negaría a la sociedad de consumo y paradójicamente estaría comerciando con ella. El Hippy, como las otras tentativas para superar la extrema socialización del hombre, representan el término medio, y, fuera de que todo término medio es pecaminoso, apenas logró un objetivo: dejarse tragar poco a poco por su enemigo. Por dondequiera que se le mire, la historia del hombre moderno se revela como la tensión resultante de dos fuerzas opuestas que, por ser opuestas e igualmente centrífugas, apuntan a la destrucción del ser humano.

... el hombre es un depósito de mensajes publicitarios ...



A la una algunos de llaman "ángel"; a la otra "bestia". O también las podemos llamar con los términos de Jean Wahl, "trascendencia" y "trascendencia". Pero sean estos los nombres y otros, la libertad humana no podrá nacer sino de la "sublimación" de esas dos frustraciones esenciales. Por lo cual debemos hacernos algunas subpreguntas, y decir: ¿qué piensan y cuáles fórmulas ofrecer los grandes pensadores de nuestro tiempo? Ellos se han hecho cargo totalmente de que el hombre se halla ante la expresión trágica de una nueva concepción del mundo, al estar en juego la propia vida humana?

Hoy se cita profusamente a Marshall McLuhan, dejando casi en el olvido a Marcuse, y se dice que la "civilización eléctrica" hará recaer al hombre totalmente en los esquemas de las culturas primitivas, merced a que la cultura contemporánea se basa, como la de aquellas olvidadas calendas, en lo auditivo. "Se hace, como en la antigüedad, todo de oído", declara el profesor de Toronto. ¡Ojalá - se atreve uno a comentar- los hippys, los skinheads, el LSD, la música negra, el "acid-rock", la pasión por lo primitivo, el culto del inconsciente, los instintos libres, la "retardación cultural", el desarraigo de las poblaciones urbana y rural, la extrema izquierda: "una parte irracional de un sistema irracional", según afirma de estos últimos Phillip Abbott Luce, ojalá, digo, nos colocaran en un escenario paradisíaco semejante al Hawaii de ayer! Por mi parte, no se bien qué pensar del pensamiento del famoso señor McLuhan. En primer lugar, porque no todo lo primitivo es vitando. Los arevacos, por ejemplo de cabellos rizados -torti crines, dice Tito Livio- y grandes mantos, poseían una dignidad asombrosa. Y en segundo, porque la caída del hombre sería, de cumplirse sus profecías, por debajo de cualquier cultura primitiva y de cualquier tipo de barbarie. Pues la tecnología no ofrece otra alternativa; ella que, por sí misma, es neutra. Además veo en ese pensamiento cierto arcaísmo mental. Nietzsche hizo notar, hacer cien años, que en las sociedades primitivas y, por tanto, débiles frente a las dificultades de la existencia, cualquier acto individual, original, era un crimen y el hombre que osaba cometerlo un malhechor. Luego estamos en los mismo: en que la oposición apodéctica espíritu-materia, tecnología-alma, individuo-sociedad, capitalismo-socialismo, cristianismo-marxismo, o como se quiera plantear, no tiene solución recurriendo a una de las partes.





Claro que la teoría crítica del profesor canadiense es apenas una de las varias "salidas" pesimistas, y la cual conduce, no obstante, a una paradoja evidente. A saber: si la tecnología ha hecho triunfar al hombre en su lucha con la naturaleza, ella lo está destruyendo. No hablamos de las "optimistas", como esa que predica la marcha ineluctable del hombre hacia la Humanidad. Porque ellas flotan, con el mismo peso, en la crisis social y humana de nuestro tiempo. Lo insoslayable es lo otro: la crisis. No se trata de crear una sociedad donde se piensa y se actúe a partir de postulados que no sean contradictorios ni deferentes. Kürt Gödel demostró que las "intersecciones" contradictorias pueden darse en cualquier parte, incluso, agrego yo, dentro de un solo hombre. A lo mejor el comienzo para el abandono de la crisis consista en crear no solidaridades parciales -como la proletaria de Marx, este gran idealista con su "reino de la libertad"-, sino una solidaridad de "los hombres que se enfrentan con la muerte".

¿Una solución romántica? De ninguna manera. Una concepción en el sentido de la revolución moderna. Hoy necesitamos un sentido de la existencia que no sea en ninguna forma romántico. Ni masivo. Que sea justo, ante todo. Tal vez me esté permitido decir que el mundo está pidiendo a gritos una huelga general del hombre, que rompa con tantas cosas; comenzando con su incapacidad de ser hombre. He escrito justo, y esto explica el alcance de esa huelga, pues con ella se buscaría, en vez de la libertad, la justicia. Debiera notarse que la libertad también está, en nuestro tiempo, vinculada a la arbitrariedad. Así la revolución burguesa -liberté, égalité, fraternité- trajo el atropello de los más fuertes, los más astutos y los más inteligentes. De ahí que esta justicia tampoco puede ser romántica, ya que no se trata de eliminar la faz de la tierra el dolor, las inhibiciones y la pobreza. Una vez descartado aquel atropello, uno acepta fácilmente que sin ellas las fuerzas del individuo no se desarrollarían. Hoy no podemos aceptar que todas las cosas espantosas que le han ocurrido al hombre, sobre todo en estos países del Tercer Mundo, se deban a la ignorancia del pueblo. Dadle justicia, esto es, educación, esto es libertad, esto es salud, y conoceréis el principio de una sociedad libre, de una sociedad buena.

Y por eso del cuerpo total de esta meditación, o mejor aún, del recipiente intelectual donde está contenida, rebosa finalmente un líquido interrogativo que el rodar por sus diferentes caras viene a ser como el



escorzo de toda ella. ¿Los hombres de este tiempo antiheroico que estamos viviendo, y que solo conocen la "guerra de las barricadas", el terrorismo etc., pueden esperar algo de unos líderes políticos que desconoce, salvo en épocas preelectorales, los malestares internos de la sociedad? ¿Bastará y sobrarán los líderes románticos, esto es, carismáticos, para encausar los vendavales sociales? ¿Nos puede satisfacer una postura rígida, abstracta, sentimental, insular y vana? ¿Tiene los dos partidos colombianos - porque de eso también se trata- el gesto anhelante y ascendiente que reclama la "mala hora" que estamos viviendo? ¿El pensamiento político, si es que existe, de la clase política colombiana, construirá un estado que no ahogue la vida nacional? En definitiva, ¿Podrán nuestros políticos inventar y destruir a la vez las instituciones, que les permitan controlar el malestar social interno, mucho más difícil de dominar que los del pasado?

He aquí cómo mi meditación general sobre el romanticismo nos hizo tropezar dentro de ella, "como con el hueso en un fruto", con lo que sería una solución romántica de los problemas colombianos. Por eso, este ensayo tiene forzosamente que terminar evocando a las dos o tres generaciones radicales del siglo XIX colombiano. ¡Nuestro "atormetado" siglo pasado, claro está! Don José María Samper en su obra "Derecho público interno de Colombia" consigna estos datos verdaderamente sobrecogedores: desde fines de 1853 hasta fines de 1857 ocurrieron en la Nueva Granada cerca de 30 constituciones discordantes que se dieron las provincias, y durante el periodo ultrafederal, iniciado a partir de la constitución de Río Negro en 1863, hubo 42 constituciones, fuera de sus reformas, cerca de 50 insurrecciones o revueltas armadas, de carácter local o exclusivas de los Estados.

Eso fue, gústenos o no, el resultado de la influencia de hombres como Víctor Hugo, cuya lava libertaria se vertió sobre unas cabezas ya de por sí enfebrecidas y las cuales literalmente explotaron con las ideas del federalismo anárquico y el individualismo a ultranza. "De ahí -y vuelvo a citar al señor Samper- que se produjeran antagonismos y contradicciones, inseguridad y conflictos frecuentes, incertidumbre, oscuridad y trastornos, el caos en todo". Grande y extraordinario fue, sin duda, Víctor Hugo, pero a él se debió, en buen aparte, que nuestros abuelos radicales hubiesen sido incapaces de poner en armonía las formas políticas con el estado social de la nación. Vale la pena traer





esta pregunta de Alfonso López Michelsen: "Pero cómo pretender por ejemplo, formar nuevos Estados que nunca habían existido en el Nuevo Reino de Granada. Sólo para poder crear los Estados Unidos de Colombia", hecha en su obra "Estado Fuerte". Por este motivo me creo, a mi vez, obligado a preguntar: ¿puede la concepción romántica de la vida y de la sociedad servir de algo en la presente encrucijada colombiana? Tanto, mas que el romanticismo colombiano siempre se ha resuelto en canastadas de frases, cuando no de lágrimas, como los dramonones de Lázaro Pérez. De este modo es como el colombiano muchas veces ha quedado inmóvil, paralítico, no como Santa Teresa Cepeda y Ahumada, que fue extraordinaria mujer de acción, sino como el asno de Buridán.

